

¿Un PS ad hoc?

ANTONIO CORTES T.

De entre los muchos libros publicados por León Trotsky, uno llevaba por título *Las últimas recetas picantes del cocinero Stalin*. La manera en que se resolvió el problema de la jefatura del PS hace evocar con presteza ese título.

La elección del diputado Camilo Escalona como presidente del PS no es un hecho sorprendente ni alarmante. Cualquier crudo análisis concluiría que tiene una alta dosis de legitimidad. Es el cuadro global de composición de la nueva mesa directiva y la forma a través de la cual se arribó a esa solución, lo que despierta reparos y preocupaciones. Es cierto que las aprensiones giran en torno a una cuestión simbólica, pero hoy los símbolos tienen una enorme trascendencia. En un momento histórico calificable de transitorio en mucho más de un sentido, en el que los ámbitos de la política (partidos, ideologías, estilos, programas, liderazgos, etcétera) están casi todos, y en todas las culturas, en etapas reconstructivas, las señales públicas que entrañan los símbolos devienen materias sustanciales.

La resistencia testimonial e impotente que opuso Manuel Almeyda a la fórmula acordada, sostenida principalmente con argumentos de orden ético-legal, denunció uno de los tópicos negativos: el manejo arbitrario de la institucionalidad en contra del discurso institucionalizador y del espíritu con el que se ha impulsado la democratización de las relaciones internas.

Pero los riesgos no se detienen allí. De hecho, la vigencia racional de las tendencias ha quedado puesta en duda con radicalidad. Y presentar esto como un logro es una hipocresía. En primer lugar, porque van a persistir como grupos corporativos de poder. En segundo lugar, porque la realidad político-cultural del PS demanda la existencia de corrientes, toda vez que, precisamente por la transitoriedad que vive esa organización, subsisten alineamientos naturalmente disímiles. Es decir, las tendencias en esta oportunidad han aumentado su desprestigio y su proceso de descomposición como fenómenos de utilidad política. Si la estructuración institucional del PS estuviera consolidada, esta podría ser una información positiva, puesto que las operaciones hasta ahora en manos de las tendencias pasarían a ser cubiertas por esas estructuras. Pero dado que no es así, el deterioro tendencial coayuda a elevar los índices de apatía militante y a limitar aún más la interrelación entre jerarquía partidaria, militancia y sociedad.

Las lógicas impuestas siguen denotando una concepción de alto riesgo en la manera de tratar los procesos políticos.

Lo que se ha ido gestando en la clase política socialista es una visión funcional de la democracia

interna y que con mucha facilidad puede derivar en una visión similar de la democracia en general. Funcional quiere decir en

es lógico que se desarrolle un cierto desprecio hacia los momentos y los poderes subyacentes en la sociedad civil y, por

estricta dinámica de la política y del poder.

La constitución de la mesa directiva del PS alerta sobre otro hecho que puede alcanzar gran trascendencia en la irresuelta concepción acerca de los vínculos entre un partido y sus representaciones estatales (ejecutivas y legislativas). Para nadie es un misterio que las máximas autoridades socialistas en el gabinete y en el Senado, son, a su vez, máximos líderes fraccionales. Ahora bien, en la nueva jerarquía partidaria se han incorporado los operadores u hombres de confianza de esos liderazgos. Que en gran medida ese fue uno de los propósitos de las negociaciones, lo ilustra la vicepresidencia concedida a Marcelo Schilling, operador del senador Núñez, aliado también del ministro Arrate. Schilling no ocupaba cargo en el Comité Central y ha salido derrotado, sucesivamente, en todas las últimas contiendas democráticas dentro del PS. Este grado de alteración de las normativas y del buen gusto, que asemeja a un pacto típico entre "oligarcas" y "mandarines", amenaza una línea de mando sobre el PS que se originaría en el gobierno y en el Parlamento, reafirmando así una política "estadolátrica".

Las designaciones de Camilo Escalona y de Gonzalo Martner como las figuras más importantes del PS reafirman esa intencionalidad. Con prescindencia de las capacidades y méritos individuales de ambos, es evidente que no tienen altura pública y, en el caso de Martner, partidaria, como para establecer con facilidad, cuando sea requerida, la diferencia entre la política del PS y la de los ministros socialistas, sometidos obviamente a la disciplina presidencialista. En suma, lo acontecido aumenta el peligro de un PS *ad hoc*, menos *de* gobierno que *del* gobierno.

Quizás si en su nueva tarea, los cromosomas ideológicos leninistas que perviven en el diputado Escalona le colaboren para impulsar una política que sanamente le resitúe en los colectivos. En tal caso recibirá más parabienes de los esperados.

Antonio Cortés Terzi es director de estudios del Centro Avance.

Mañana
Análisis Economía
Juan Walker E.



este caso que se recurre a la democracia sólo para formalizar decisiones adoptadas por élites y sólo cuando ese paso no puede ser soslayado.

Estas ideas forman parte, por cierto, de los debates que reclama la política moderna. El error clave radica, sin embargo, en que

prolongación, hacia la militancia común, que es la que se desenvuelve y hace política en los espacios comunitarios y societales.

Estas falencias se van a poner de manifiesto si, como todo hace suponer, en los años venideros hay una mayor activación de las fuerzas sociales y, con toda segu-

Hoy, el PS no se concibe fuera del gobierno, lo que le da una enorme ventaja a los aliados más poderosos. Bajo estos conceptos, es lógico que se desarrolle un cierto desprecio hacia los momentos y los poderes subyacentes en la sociedad civil y, por prolongación, hacia la militancia común, que es la que se desenvuelve y hace política en los espacios comunitarios y societales.

esas visiones adolecen de "estadolatría" (concepto similar al de "cretinismo parlamentario" acusado por un autor que sufre un virtual ostracismo en las filas de la izquierda concertacionista) y que consiste en suponer poder sólo en las esferas estatales. Hoy, el PS no se concibe fuera del gobierno, lo que le da una enorme ventaja a los aliados más poderosos. Bajo estos conceptos,

en las elecciones municipales de 1996, donde el papel de las individualidades es menor y mayor el peso de los colectivos partidarios. Por consiguiente, la preocupación ante el escaso respeto por los recursos democráticos no debería ser mirada con ironía, ni descalificada como prurito intelectual o *basista*. Hasta los admiradores de Fouché deberían comprender que atañe a una